

La Hispanidad es el concepto que explica el espíritu español, nacido a finales del siglo XV o comienzos del XVI, y que se trasladó a nuestro continente durante la Conquista Española y que posee aún hoy, una vigencia extraordinaria en muchos aspectos de nuestra propia identidad cultural

PABLO G. MAILLET A., Licenciado en Filosofía. Estudios en el Magíster en Humanidades Mención Filosofía y Arte Universidad Adolfo Ibáñez. Alumno Doctorado en Filosofía Pontificia Universidad Católica de Chile. Presidente del Centro de Estudios Cultura y Sociedad. Profesor Universidad Gabriela Mistral y Universidad San Sebastián.



Reconocer la
Hispanidad
mirando el Palacio
del Escorial







“La Presentación de María en el Templo” de Franck Van der Stock. En los aposentos de Felipe II en el Escorial.

En la belleza del monumental Monasterio y Palacio de San Lorenzo del Escorial nos podemos aproximar, de un modo concreto y ameno, a la apreciación de una obra de arte, a la identificación de aquellos elementos propiamente hispánicos que, aún hoy, y a pesar de todo, mantenemos nosotros los habitantes de América Latina

En el arte existe una íntima relación entre la idea mental del artista –antes de la creación misma de su obra- y la obra ya consumada, esa relación, los filósofos la han llamado consecución de la obra, pero también podemos llamarla “la verdad de la creatura poética”.

Erróneamente se piensa que la verdad de una obra de arte depende de la reproducción, más o menos fiel, de las figuras ya existentes de la naturaleza, lo que los griegos llamaban mimesis, que no es otra cosa que la imitación de las siluetas de las cosas ya existentes.

La verdad de una obra de arte significa, nada más y nada menos, que la conformidad que toda obra debe guardar, indefectiblemente, con la idea mental que el artista o creador posee en sí, y que es, en definitiva, la causa de la obra de arte, y ahí podemos verificar la verdad de una obra de arte.

La Hispanidad es el concepto que explica el espíritu español, pero no de cualquier época, sino de aquél espíritu español nacido a finales del siglo XV o comienzos del XVI, y que se trasladó a nuestro continente durante la Conquista Española (mejor llamarla “Evangelización de las Indias”) y que posee aún hoy, una vigencia extraordinaria en muchos aspectos de nuestra propia identidad cultural. La Hispanidad que surge en estos siglos, posee varios elementos que nos permiten hablar de un “pueblo” propio, distinto del resto de los pueblos europeos de fines de la Edad Media, y aún subsistente a pesar de la creación de naciones en los períodos de Independencia (Siglo XIX principalmente). Es un espíritu que se conformó por medio varios factores, entre los que destaca, en forma de eje principal, o sostenedor de los demás, una religión determinada: el catolicismo. Un catolicismo que, a su vez, también posee ciertos elementos que lo hacen único, que no se dieron en otros países cristianos, y que lo diferencian del catolicismo alemán, holandés, oriental, y otros. Desde luego no estamos sosteniendo acá una diferencia de religión, pero sí de religiosidad, de la forma en que se practica dicha religión.

Es un catolicismo forjado por la espiritualidad del Carmelo, de la Compañía de Jesús, de los letrados y eruditos Dominicos, y otros tantos movimientos espirituales surgidos en una época puntual y en un lugar puntual.

De forma más concreta, cuando observamos el monumental edificio que es el Real Monasterio San Lorenzo del Escorial, monasterio de los monjes agustinos, y residencia de la familia real por varios siglos, podemos ver en forma concreta la Hispanidad, aquél espíritu espa-

ñol propiamente tal.

Es ahí donde se da, de manera ejemplar, aquella identidad entre la idea del artista con la concreción de la obra: la verdad de la creatura poética.

La verdad que el Escorial muestra, es la fiel representación de una mentalidad o espiritualidad, la Hispánica, llevada al plano de lo tangible, de aquello que se hace perceptible a nuestros sentidos. Encargado por el Rey Felipe II, denominado popularmente como “El Prudente”, y no sin razón, ya que, por medio de los muchos arquitectos que intervinieron en la construcción de la obra, logró mantener la unidad necesaria en lo estético, en la proporcionalidad, en la funcionalidad y, por sobre todo, en su carácter simbólico.

Su arquitecto principal, Juan Francisco Toledo, fue quien diseñó el plano principal, con las plantas. Las intervenciones posteriores de los arquitectos Juan de Herrera, Juan Bautista Castello, Francisco de Mora, entre otros, no produjeron un quiebre en la obra, ni en lo estético, ni en lo simbólico, gracias a la férrea voluntad de su real supervisor, el mismo Felipe II, otorgándole, a la obra, la gracia de haber cristalizado la Hispanidad, el sueño del Rey Prudente, que plasmó, no sólo en su magna obra arquitectónica, sino que además en sus campañas militares, en su gobierno y en su labor evangelizadora. Es en este sentido en el que podemos pensar que el autor principal de la obra es el mismo Rey Felipe II, pues es él la causa ejemplar (en lenguaje filosófico) del Palacio del Escorial. Los variados arquitectos que participaron, fueron, a su vez, como instrumentos nobles, con la dignidad de personas, pero instrumentos, de la genialidad de Felipe II. Es el mismo Rey quien, de modo absolutamente consciente, reúne todos los elementos que conformaron, conforman, y conformarán la Hispanidad, principalmente el catolicismo español del siglo XVI, en una idea que, más tarde, se transformará en la causa ejemplar del Monasterio-Palacio.

El concepto de “verdad”, definido por Santo Tomás de Aquino como *adaequatio rei et intellectus* (adecuación entre el intelecto y la realidad), y para que esta adecuación revista un carácter verdaderamente objetivo, y no puramente psicológico o emotivo, y por ende subjetivo, es necesario que se ajuste la idea de Hispanidad que ha logrado forjar su creador, con la creatura poética, es decir, que cada contorno de los pesados murallones de su fachada, se ajuste, gracias también a la habilidad de los maestros constructores, del mejor modo posible

a la idea que Felipe II quería impregnar, aquella idea de una España sólida en sus fronteras; pero que, al mismo tiempo, represente en dicha fachada la armonía y el orden necesario en todo Reino. Y el resultado lo podemos apreciar a simple vista parándonos frente a la fachada sur del Monasterio, ahí se ve con toda claridad ésta idea: la inmensidad del imperio español, su solidez, el orden, la solemnidad, pero al mismo tiempo, la simpleza, todas éstas, características que el Rey Prudente quiso plasmar en las obras de su gobierno, y por ende en el Escorial, y todas éstas, características propias del catolicismo de la Hispanidad. La solidez de la doctrina, enriquecida por la constante y profunda reflexión principalmente de las universidades, el orden emanado del espíritu militar de la Compañía de Jesús, la solemnidad que la Liturgia Ambrosiana impregnó en algunos sectores de la España de esos siglos, la sobriedad, austeridad y simpleza de la vida del Carmelo se ve nítidamente y con total verdad reflejada en esa fachada sur del Escorial.

Con todo, podemos concluir que observando el monumental Monasterio y Palacio de San Lorenzo del Escorial, nos podemos acercar a conocer lo que fue, y es actualmente, la Hispanidad. En la belleza de esta magna obra arquitectónica nos podemos aproximar, de un modo concreto y ameno, a la apreciación de una obra de arte, a la identificación de aquellos elementos propiamente hispánicos que, aún hoy, y a pesar de todo, mantenemos nosotros los habitantes de América Latina. Es un ejercicio necesario en este año del Bicentenario, donde se trata, precisamente, de reconocer nuestra identidad, de ver quiénes somos, de dónde venimos, y aquí tenemos una propuesta para encontrar esas respuestas, alejados del prejuicio historiográfico, y a través de la alegría espiritual que produce contemplar una obra de arte bella. ●



Retrato de Felipe II por Alonso Sánchez Coello (1557) Kunsthistorisches Museum, Viena (Austria).



